

CAPÍTULO II.

El lenguaje de accion.

El lenguaje de accion parcialmente estudiado por actores, pintores, escultores, oradores y poetas, hasta hoy comienza á descubrir sus leyes naturales ante la mirada científica de algunos tímidos fisiologistas. Abundantes son ya las observaciones; debemos por lo mismo entresacar y ordenar las que conducen al objeto que nos proponemos, y consiste en demostrar que hay una escala en el lenguaje de accion de todos los animales; que la sociabilidad es proporcionada á cada grado de ese lenguaje, y que la inteligencia individual necesariamente se retrata en ciertos cambios de forma que presenta la organizacion humana, bajo el soplo más ligero de los agentes sensorios en que abunda la madre naturaleza.

Una impresion exterior, sea cual fuere el nervio que sacuda, produce generalmente todos éstos movimientos orgánicos: 1º Una reaccion en el mismo nervio; 2º Un movimiento muscular más ó ménos mecánico; 3º Diversos movimientos y sensaciones en las entrañas; y 4º La resurreccion de sensaciones y movimientos que por cualquier causa le son conexos. Estas leyes fisiológicas son muy conocidas; sólo para recordarlas, ménos que para comprobarlas, presentaremos algunos ejemplos.

La persistencia de una luz en la retina, de un olor en el olfato, de un sabor en la lengua, de una presion en cualquier parte del cuerpo, no pueden explicarse sino por la reflexion de las sensaciones, esto es, por su procedencia interior siguiendo un camino

inverso como sucede en los fenómenos de la alucinacion cuando las imágenes fantásticas suelen eclipsar las que brillan actualmente sobre nuestros sentidos.

Los movimientos nutritivos provienen inmediatamente de sensaciones determinadas; en este y en otros casos análogos cada centro nervioso ofrece dos ramales, uno que se dirige á un sentido y otro á un músculo: lo que un nervio entónces recibe como sensacion, el otro nervio deja escapar como movimiento.

Las sensaciones que se elaboran en varios centros se derraman tambien por los canales musculares, pero obedeciendo á combinaciones más complicadas.

La influencia de toda sensacion sobre nuestro sistema visceral no es fácilmente demostrable sino en las grandes y profundas impresiones; sin embargo, bástenos observar que, despiertos y muchas veces dormidos, no hacemos más que pasar del amor al odio, del temor á la esperanza, del contento al fastidio, del dolor á la alegría, y esto nos persuadirá que en ese mar de pasiones no pueden permanecer en calma nuestros órganos respiratorios, nuestro corazon, nuestros aparatos alimenticios ni ménos nuestros órganos reproductivos. El olor de la hembra enloquece algunas veces á los machos.

El animal, acaso se confundiria con la planta si no fuera por los recuerdos. No se trata de esa reflexion inmediata sujeta á las leyes comunes de la física; la especialidad de la memoria está en sus creaciones. ¿Guarda simplemente las sensaciones anteriores? ó, en vez de almacenarlas, ¿se fecundiza con ellas y las aborta ó las pare segun le son favorables ó adversas las circunstancias que le presenta el acaso? Todo esto es disputable; pero lo que consta, como una suprema evidencia, es la facultad que un sabor tiene de reproducir un olvidado color, un sonido de recordar una caricia, una forma de provocar deliquios ó terrores que parecian sepultados bajo una montaña de nuevas impresiones.

Aprovechemos dos observaciones capitales que nos ofrecen los fenómenos indicados: 1ª Las ondulaciones rapidísimas de la luz se reproducen por las ondulaciones más toscas de los sonidos; las ondulaciones eléctricas del tacto pueden provocar por medio de la memoria los armoniosos elementos del sonido; y hay

centros nerviosos donde toda sensacion es trasformable hasta permutarse. Y 2ª. Los movimientos que dependen de las sensaciones, directa ó indirectamente, provocando sus sensaciones conexas, extienden su fuerza hasta reproducir las ondulaciones sensorias de otros nervios. Siendo esto así, bien podemos aventurar una ley sobre el mecanismo del lenguaje de accion: *algunos agentes sensorios pueden considerarse como equivalentes para producir, en la memoria, cierta clase de sensaciones.*

Veamos si los hechos confirman esta teoría, ó si ella, por lo ménos, contribuye, como una simple hipótesis, para comprender los secretos de ese lenguaje que la naturaleza ha concedido á todos los animales.

No hay un músculo que no posea movimientos automáticos. Los animales en los primeros dias de la vida, se caracterizan por la agitacion creciente y mecánica de su organismo. Ese fenómeno involuntario se verifica principalmente por grupos; observaremos algunos de éstos en los animales más conocidos. Bastará, para nuestro propósito, distribuir la forma animal en sus elementos empíricos; cabeza, cuerpo, miembros superiores, miembros inferiores, órganos de reproduccion y algunos apéndices especiales, como los palpos y la cola. En cuanto á los órganos internos, es indispensable referirse con frecuencia á las funciones del pulmon, del corazon y de los intestinos, pues esas funciones suelen comunicar su desórden á los órganos visibles. Otros pormenores, aunque interesantes, no lo son tanto para la literatura como para la fisiología.

Así como cada sensacion se irradia en movimientos por todo el cuerpo animado, fijándose de preferencia en ciertos grupos musculares, las fuerzas que se manifiestan en estos aparatos obran sobre los objetos extraños y producen siempre una obra que necesariamente es útil ó perjudicial para el animal que la trabaja. El producto de los órganos internos comprende la nutricion en todas sus facés, y lo calificamos de provechoso si conserva la vida, y si es desorganizador le llamamos perjudicial y aun mortífero. El placer y el dolor ocupan los platillos de la balanza en que hacemos tales observaciones.

Más variado es el producto de los órganos externos; muchas veces aparece de pronto como indiferente; pero todo animal que

posee un órgano apto para ciertas obras, se dedicará fatalmente á realizarlas, y tarde ó temprano sacará de ellas un admirable provecho. Así el ave trabaja su nido, y su panal la abeja. *Todo movimiento animal es productivo: ningun producto animal es indiferente para su obrero.*

Puesto que producir es una necesidad orgánica en todo animal, éstos rigurosamente pueden clasificarse por sus obras. ¿Una misma sensacion qué efectos produce inmediatamente en diferentes organismos? Al aparecer la aurora, el buho y el murciélago se esconden, el venado salta por las praderas, las aves cantan y los hombres hablan. Un estruendo repentino sacude el hogar doméstico; las palomas vuelan, los caballos retroceden, los perros corren, los niños chillan. La sangre humeante atestigua los destrozos de la muerte, y la silenciosa hormiga comunica á sus semejantes, por medio de los palpos, los horrores que las esperan en el camino, y las obliga á retroceder ó á desviarse; el perro aulla, el toro observa, el hombre se horroriza. El amor sonríe, y el gallo viola, el palomo seduce, y la mujer languidece y coquetea. Las pasiones son comunes á los animales, pero no todos tienen los mismos instrumentos para satisfacerlas y expresarlas. La locomocion que se fija en los piés del hombre, mueve piés y manos en la rata; los miembros superiores en el ave, y en ésta y los peces y en otros animales, se ayuda con la cola. La propension artística se aprovecha tambien de los instrumentos que tiene á su alcance; así la trompa del elefante es una mano; el ave forma su nido con el pico; el castor trabaja con los dientes y la cola; y paseando sus conductos sedíferos la araña y el gusano, forman sus redes y sus capullos.

El animal que obra en todos estos casos obedece á su propio mecanismo; pero el lenguaje de accion comienza cuando alguno de estos actos es observado por los demas animales: en el lenguaje de accion no habla el animal que se mueve, sino el animal que interpreta. El gallo, viendo con un ojo hácia el cielo, descubre un gavilan y arroja un áspero chillido y corre: nada han visto la gallina y los polluelos, y se precipitan á un lugar seguro, porque los movimientos ajenos les han provocado la sensacion del peligro y todas las manifestaciones musculares del miedo. Aproxímanse diez, veinte hormigas al cadáver de una araña

colosal; cada una de ellas quiere llevarse su presa y no puede: llegan otras por centenares, y de repente combinándose por acaso los encontrados esfuerzos, el cadáver gira, y dirigiéndose al fin cada cargadora por su sendero conocido, entra el botín del triunfo en los almacenes comunes.

El hombre que observa supone entónces un acuerdo donde no ha habido sino la resultante física de muchas fuerzas que la necesidad puso en acción, y que la posición del hormiguero dirigió en un mismo sentido. Diversas clases de animales suelen agruparse del mismo modo por los movimientos armónicos de un solo deseo. Amigos de dar y recibir caricias los niños, los perros y los gatos, retozan tal vez sobre el seno de una dama, y ésta, obedeciendo al mismo instinto, acaba por tomar parte maquinaalmente en esas diversiones. ¿Cómo se comprenden el caballo y el ginete? ¿Cómo, en dos palabras, se domestican los animales inferiores? Esa capacidad de la memoria, por cuyo medio una sensación se transforma en otras muchas, nos hace sentir aun las impresiones de muchos miembros que no poseemos, pero que tal vez en rudimentos nerviosos existen en nuestro organismo. Imitamos á los peces, y nadamos; el niño aletea con sus bracitos cuando una avecilla se le escapa; da de topes como un carnero: el hombre llega á mover sus orejas, y adivinamos el lenguaje ya tímido, ya amenazador, ya amoroso de una cola. Algo extraña una mujer cuando al andar no puede reprimir ciertos meneos. Parece en nuestros adornos que no buscamos sino un complemento.

La escala, pues, que el lenguaje de acción traza sobre el reino animal, ménos depende de las sensaciones que de los grupos musculares. Todos los ojos, todos los oídos, todos los olfatos, todas las lenguas, gustan, huelen, oyen y ven del mismo modo, si no es en los casos de atrofia que caracteriza á un individuo ó á una especie; todos los pulmones, todos los corazones, todos los intestinos funcionan con arreglo á leyes generales bajo el imperio de determinadas sensaciones; pero cambiando un grupo muscular cambian las manifestaciones, y así se concibe cómo cada especie tiene sus signos propios para descubrir las mismas sensaciones. La raza humana ofrece de un modo especial ese fenómeno de gradación en el lenguaje común á todos los animales. El sor-

do de nacimiento es mudo: el sordo-mudo vive en la estupidez, si el arte no suple los órganos que le faltan. El ciego perfecciona su oído. El impotente ignora las pasiones amorosas. Y el gimnástico y el ambidestro nos obligan á admirar una superioridad adquirida. El hombre más sabio, aun sin salir de la especie, es siempre un animal imperfecto.

Dos clases muy marcadas podemos ya descifrar en el lenguaje de acción: corresponden á la primera los movimientos involuntarios, y es necesario colocar en la segunda los movimientos imitatorios que, repetidos con frecuencia, se transforman en convencionales. Estos movimientos imitatorios son los que clasifican la animalidad bajo el punto de vista de aquello que se llama la inteligencia.

El oso, el perro y el mono bailan, enseñados por el hombre. Las aves cantan no sólo por su instinto, sino también remedando á otras aves ó al hombre; el perico remeda la voz articulada; el perro y el halcón toman con su dueño una parte activa en la caza; el caballo, el asno y el buey desempeñan ciertos trabajos humanos con inteligencia; el elefante obedece á un niño; y en el lenguaje de acción, el mono, hasta donde lo permiten sus órganos, rivaliza con el hombre. Monos, osos, perros, caballos, asnos, elefantes, canarios, hombres y otros animales, por medio de sus movimientos cuando están juntos se entienden, supuesto que se imitan. Las raíces onomatopéyicas de todos los idiomas, como hemos visto de los adornos y podemos asegurar de algunos procedimientos artísticos, nos han sido suministradas por los animales inferiores.

Los movimientos orgánicos que proceden de las sensaciones, no constituyen por sí solos un lenguaje. Para que merezcan este nombre es necesario que el movimiento de un animal, obrando sobre los sentidos de otro animal, provoque en éste ciertas sensaciones y movimientos constantes. El lenguaje de acción en el individuo aislado es un fenómeno tan mudo como la vegetación, la cristalización ó cualquiera cambio de la materia; pero, obrando sobre un observador, se cambia en causa sensoria, da lugar á la reciprocidad, convierte cada movimiento en signo, y provoca la unión ó la separación entre los animales parlantes. Por eso es inconcebible el lenguaje de acción sin la concurren-

cia de dos ó más animales; por eso es el instrumento necesario de la sociabilidad, y por eso toda asociacion libre se reduce en lo exterior á un concierto de movimientos orgánicos, y en lo interior á una comunidad de placeres y de dolores. En las asociaciones forzadas todas las ventajas resultan del lado de la fuerza.

Pero la fuerza orgánica rara vez se mide por su energía: su superioridad depende del tino y variedad con que son dirigidas sus aplicaciones. El caballo corre más que el hombre: no importa, puesto que el hombre, esclavizando al caballo, se aprovecha de su ligereza. El hombre se viste con el capullo que el gusano trabaja. La mujer, con sus gracias, convierte en lujo y en diversiones el sudor y aun la sangre de sus amantes. La destreza, por medio de instrumentos adecuados, se sobrepone siempre á la fuerza bruta. Pues bien, el lenguaje de accion no es más que un instrumento para aprovechar una fuerza dada.

Los animales armonizan sus movimientos cuando buscan en comun la satisfaccion de un deseo; el amor, la amistad, la guerra, los triunfos poéticos y oratorios, nos pueden proporcionar el espectáculo de una pareja ó de una multitud donde todas las miradas tienen el mismo esplendor, donde los brazos se entrelazan, los corazones palpitan, y una misma palabra resuena en todos los labios. Basta la sospecha de cualquiera concordia posible para que nazca la simpatía.

No son estas las relaciones normales entre los séres animales; por lo comun el lenguaje de accion representa la lucha, y es, en tal caso, necesariamente ofensiva ó defensiva: admira entónces con la riqueza de sus variedades.

Los movimientos defensivos se producen mecánicamente por cualquiera impresion desagradable. Los más sencillos de ellos no han escapado á la observacion de los fisiólogos. "Una rana, dicen éstos, despojada de su cerebro, se agita como para defenderse, cuando se le pica una de las patas. Si la piel de una de éstas se siente cauterizada por una gota de ácido, al punto se ve enjugada por la otra pata. Si la irritacion continúa, el animal salta. El hombre dormido retira bruscamente el pié, si en su planta siente cosquillas.

Dos animales que terminan por armonizar en sus movimientos y en sus deseos, pueden comenzar por una lucha; esto es

frecuente en las escenas amorosas: á los ataques del macho la gallina huye, la yegua tira coces, y la mujer se complace en la resistencia.

La fuga es el más comun de los movimientos defensivos; por eso caracteriza el miedo: unas veces se verifica retrocediendo sin perder de vista el objeto peligroso, y otras, cegándose, se entrega la cobardía á la desesperacion, y tal vez se estrella en el muro donde buscaba un amparo.

La defensa por medio de las manos se perfecciona ofendiendo. Los ojos se cierran para evitar una impresion desagradable. Las manos protegen el oído y el olfato. Y las mismas palabras sirven para la defensa, y constituyen con ese empleo un ramo de la oratoria.

Más enérgicos son los movimientos ofensivos. La mirada de la ira, del amor y de la burla, es capaz de hacer pedazos las entrañas de su víctima. Para despreciar, la nariz se frunce, la boca escupe, la piel se encoge, y solo el oído ocurre á otro cuerpo si llega á serle insoportable un sonido.

Ya acometa el animal, ya se defienda, ya mezcle con otro sus placeres, ya, en fin, solitario y silencioso se entregue á las variadas combinaciones de sus recuerdos y á todos los impulsos de sus necesidades, no hace otra cosa que ver, oír, oler, gustar y tocar; y los movimientos todos del lenguaje de accion, por lo mismo, corresponden siempre al tacto, al gusto, al olfato, al oído y á la vista. Por ese motivo el termómetro más seguro de la inteligencia individual se encuentra en el lenguaje de los hechos.

Los pueblos, individuos colectivos, aun escondidos en el sepulcro, se estiman por sus huellas y por sus despojos. Ved, por otra parte, al pintor frente á un lienzo monócromo amagándolo con el pincel y la paleta; si el artista es un servil imitador, copia ajenas obras; si estudia la naturaleza, clava sus ojos en un modelo viviente; y si quiere reproducir sus alucinaciones, sonríe consigo mismo al bosquejar á una mujer, y demuestra un aspecto bélico al inmortalizar los esfuerzos de un combatiente. Los músicos y cantores de estrado son, por lo general, lánguidos y coquetos. El sacerdote asume un aire suplicante, que le sirve al mismo tiempo para conciliarse los favores de los dioses, de los ricos y de las damas. El militar, como el gallo, hasta en sus